Serie IV Tegucigalpa, 21 de Septiembre de 1895 Núm. 49

EL PENSAMIENTO

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR --- F. TURCIOS.

Filigrana

ESTRELLA de lo ideal que mi alma guías, no te extingas jamás.... Que tu luz siempre me dé su resplandor.....

Tú has alumbrado, en el espacio azul de mis quimeras, mis pasados ensueños de ventura, cuando, con santa fe de adolescente, virgen el corazón á la desgracia y sin temer dolores sobre el mundo, mi paso adelantaba por la vida, presintiendo, doquier, ante mis ojos, la imagen del placer.....

Tú has presidido el despertar dulcísimo y risueño de mis amadas ilusiones de oro, cuando, con ansia delirante y loca, buscaba lo que no hallo todavía, el soto bendecido, el fresco oasis, donde anidan los éxtasis supremos, los deliquios sublimes y el arrullo del amor inmortal.....

Con tus fulgores has hecho florecer á mi esperanza con las flores mas bellas y fragantes, salpicando de dichas mi camino y haciéndome sentir dentro del pecho yo no sé qué ternura melodiosa, yo no sé qué emoción inexplicable, como el beso sutil de hada invisible que anuncia el porvenir.....

Tú has sido el faro que, en mis aciagas noches de tristeza, ha brillado con pálidos destellos, serenando las alas encrespadas dó el pensamiento boga combatido por austro de nostalgias y pesares, atribulado y solo, sin que el mundo le brinde algún consuelo en su congoja de incomprensible afán.....

Tú hascontemplado, en mis obscuras noches de tormenta, la fúnebre visita del espectro que mata la ilusión y la esperanza, dejando el corazón yerto y vacío, mientras clava su garra el desengaño y se amontonan nubes en el cielo tranquilo del espíritu, desfalleciente y mustio y desolado, herido del dolor.....

Tu has sido el ojo que ha derramado lágrimas sinceras, cuando la duda excéptica y sombría, desquiciando mis creencias más amadas, me ha lanzado á los trágicos abismos de penas insondables donde á veces ha azotado mi rostro el ave negra de lúgubres graznidos y de vuelo fantástico y fatal....

Pero tú siempre, ora cerca, ora lejos, has brillado en mi horizonte humilde, con radiosos y argentados fulgores, sin que nunca te consiga eclipsar el infortunio, como si fueras para mi alma triste la proyección sublime de los cielos sobre el erial desierto de la tierra.

Estrella de lo ideal que mi alma guías, no te extingas jamás!....Que tu luz siempre me dé su resplandor!

J. A. DOMÍNGUEZ.

Llenadme de nuevo la copa!

CANCIÓN

(De Lord Byron.)

Llenadme de nuevo la copa, que nunca
Como hoy de alegría mi pecho latió;
Bebamos! Es dulce beber!—¿ Quién no bebe?—
Tan sólo en la copa no se halla el dolor!

De todo he gozado cuanto hay en la vida;
De dos negros ojos la luz me encendió;
Yo amé!—¿Quién no ha amado?—Mas ¿quién placer halla,
En tanto que ardiendo se siente en pasión?

Cuando era yo joven y ciego creía
Que no del cariño se extingue la luz,
Conté con amigos!—¿Y quién no los tiene?—
Mas, ¿quién ¡rojo vino! más fiel es que tú?

Por un niño puede dejarnos la amante,
Y cambia el amigo: ¿Cambiar tù? Jamás!
Tú, viejo te vuelves!--¿Y quién no envejece?—
Mas, ¿quién gana tanto cual tú, con la edad?

Si somos amados, y surgen rivales,
En celos ardemos.—¿ Quién no los sintió?—
Mas, ¿quién por tu causa los siente? Si acaso
Son más los que beben, el goce es mayor!

Cuando hayan pasado los días mejores,
Postrero recurso la copa será;

Entonces como antes,—¿no es cierto?—hallaremos
Que sólo en el vaso brilló la verdad!

Abierta la caja quedó de Pandora;
De entonces al gozo persigue el dolor;
Quedó la esperanza.—¿Verdad?—Nuestro vaso
Besemos, y vayan de ella otros en pos.

Salud, viejo néctar! Alégranos siempre!
La vida se acaba.—¿Quién no ha de acabar!—
De nuestros pecados perdón alcancemos,
Y ociosa en el cielo nunca Hebe estará!

ROMULO E. DURÓN.

Julio 1.° de 1895.

El tesoro

SERÍAN próximamente las nueve y media de la noche, y haría un poco más de una hora que nos hallábamos de visita mi amigo Ernesto X. y yo, en casa de una apreciable familia cuyas relaciones frecuentábamos, aunque no con la regularidad y constancia que el cariño que allí se nos dispensaba siempre, parecía exigir de nosotros.

Aquella vez nuestra conversación, tan cordial como edificante, tomó, desde el principio, un sesgo que forzosamente debía concluir en lo fantástico. A propósito de no sé qué incidente la emprendimos con el magnetismo, con el espiritismo y con tantas otras curiosidades inverosímiles, propias de este siglo de las maravillas y de los descubrimientos.

Insensiblemente y sin de ello apercibirnos, fuimos á dar al tema tan gastado como ridículo, pero tan lleno de atractivos siempre para todas las inteligencias. Me refiero á las preocupaciones vulgares sobre la idea de que los que abandonaron ya la vida pueden salir de sus callados sepulcros para contar sus penas á los que viven y comunicarles secretos ignorados.

Sin ser ninguno de todos los allí presentes partidario de las estúpidas supersticiones de los que creen en aparecidos, en duendes y en fantasmas, nos consideramos en el caso de confesar ingenuamente que hay ocasiones en que los menores motivos alarman nuestro sistema nervioso, produciéndonos un instantáneo y repentino temor que se apodera en un todo de

nuestro ser, haciéndonos ver y oír como una realidad lo que no existe sino en la imaginación sobrexcitada.

Discurrimos sobre esta materia hasta más no poder. Cada uno de nosotros tenía algún hecho inexplicable y misterioso en que había sido el protagonista. Todos sabíamos alguna historia real ó inventada que venía como de molde acerca del asunto en cuestión. Y sucesivamente fuimos detallando episodios en que lo sobrenatural y caprichoso entraba por mucho. No parecía sino que siendo excépticos pretendiésemos aparecer como crédulos ó fanáticos antes que amigos de la duda.

La señora de la casa y sus apreciables hijas escuchaban, con religioso silencio, atreviéndose apenas, de cuando en vez, á interrumpir con alguna exclamación de sorpresa ó con alguna discreta pregunta todo lo que, poco á poco y de nuestras enardecidas cabezas, iba surgiendo con ribetes de anormal y de estrambótico.

Quien más se interesaba en tales lucubraciones era, sin duda alguna, don José, el jefe de la familia que, como el más viejo y de más experiencia, tenía mucho que contar y nos aventajaba á todos en el colorido de sus narraciones; y que en aquellos momentos referia, por la centésima vez acaso, una endiablada historia que aseguraba ser auténtica, puesto que á él mismo le había ocurrido, y que debía impresionar al más valiente, cuando todavía de sólo recordarla se le crispaban los nervios.

Una de las niñas, que no eran medrosas por cierto, salió en aquel entonces al pequeño patio de la casa completamente obscuro y cercado por una sombría arboleda. Nadie había parado mientes en ello, pues todos teníamos pendiente la atención del cuento verídico del abuelo que sin duda se empeñaba en trasmitirnos sus pasadas emociones de un modo tan completo como la misma realidad.

Derrepente un grito agudo, desesperante y revelador inequívoco del espanto más supremo, nos hizo dirigir á todos la vista hacia la puerta que daba al pequeño patio: no exageraré si digo que durante un segundo todos aparecimos demudados, con los cabellos de punta y con el rostro intensamente lívido. No era para menos la expresión de aquel grito insólito que contagiaba con su sobresalto.

Unicamente mi amigo Ernesto, que es un temperamento privilegiado y lleno de audacia, tuvo la presteza del relámpa-

go para separarse de su asiento y correr á indagarse de lo que suceder pudiese. Alentados por su ejemplo, le seguimos todos, encontrando á la joven literalmente asustada, con la voz trémula y presa de movimientos convulsivos todo el cuerpo.

¿Qué había en todo aquello? La paciente no podía explicarse y á duras penas nos dió á entender que había visto una luz moverse detrás de ella y que le había parecido oír una voz desconocida, dudando si había visto ó no un fantasma, pues había sentido que trataba de acercásele y hasta le extremeció sobre los hombros el soplo helado de su aliento, haciéndola caer desmayada al mismo tiempo que lanzaba un grito.

De todo esto no había nada que colegir si no que la niña había sido víctima de un ataque de miedo irresistible; pero la luz podía ser verdadera y mi amigo Ernesto trató de verla á todo trance. Merced á sus investigaciones en el patio, todos pudimos verla enseguida. Era una luz á veces azulada y otras verdosa que brotaba de la negruzca tierra y se deshacía en varios mechones de llama que danzaban un poco en el aire y después giraban en diversas direcciones con vacilantes, fosforescentes y apagados destellos.

Aquella luz se explicaba fácilmente: era un fuego fatuo producido por la podredumbre ó por residuos calcáreos; no había ningún misterio en ella. No obstante eso, á Ernesto se le antojó una idea pueril, y sabido era por nosotros que cuando él daba abrigo, aunque fuera á un disparate, debía proceder en consecuencia.

Pidió, por lo tanto, á los dueños de la casa los instrumentos necesarios para cavar en el sitio en que la luz aparecía. Diéronsele y después de escarbar con tesón durante un rato, el piso sonó á hueco y anunció la presencia de un extraño objeto á poca profundidad.

Redobló sus esfuerzos y poco después todos vimos lo que era; una gran vasija de barro con la boca herméticamente cerrada. No sé porqué razón, apenas descubierta, todos demostramos una ansiedad creciente. El dueño de la casa, el prudentísimo don José, no se pudo contener y exclamó: ¡es mía! yo me sentí inclinado á decir también: es nuestra; pero me callé. Sólo Ernesto no hablaba una palabra.

La vasija aquella cuyo contenido ignorábamos, pero que nos alucinaba ya, pesaba mucho; tanto que para sacarla tuvimos que empeñar el concurso de todas nuestras fuerzas. Por

fin salió. Ernesto tomó entonces una gran piedra y le destrozó la boca.

Un chorro de monedas se extendió al instante á nuestra vista repiqueteando en nuestros oídos. Aquello era fabuloso. Parecía en realidad una riqueza increible, inagotable.

Las manos de todos cayeron instintivamente sobre el montón. Ernesto mismo no pudo menos de tomar una moneda. Las examinamos todos á la vez; y, oh portento de lo ridículo! oh colmo estupendo de la más grande de las ilusiones! oh desenlace final de la más fantástica de las óperas bufas! toda aquella masa de inverosímil esplendidez, todo aquel tesoro imponderable, no era más que el quijotesco hallazgo de infinidad de piezas melladas y carcomidas de cobre que en otro tiempo fueron monedas y llenaron los bolsillos de nuestros antepasados.

Ante semejante botín, fruto de las revelaciones de un *difunto*, nuestro asombro y nuestra extrañeza no pudieron expresarse con palabras: estallaron en risas burlescas, en carcajadas ruidosas, en una cómica y formidable hilaridad. Todos nos reímos inclusive la misma niña que poco antes desfallecía de espanto. Todos comprendimos al fin el premio de nuestra flaqueza.

Sólo Ernesto permaneció inmutable y, con el permiso de Don José, depositó solemnemente en uno de los bolsillos de su chaleco la moneda que había tomado poco antes. Sólo él no las creyó enteramente despreciables.

IGNOTUS.

La novia

PARA "EL PENSAMIENTO."

Al herir el teclado con su mano,
entre himnos, suspiros y clamores,
se destaca con todos sus colores
la decadente hermosa sobre el piano;
á su lado siento algo sobrehumano,
la nostalgia del cielo y de las flores,
y un torrente de arpegios bullidores

me ajita con su fuego soberano.
La música cesó, la blanca dama
llegó á mi lado y me besó los ojos;
oh! qué dulce es sentir de la que se ama
el casto beso, la caricia inquieta,
y arrobarse en la luz de sus sonrojos:
oh! qué dulce es la novia del poeta.

NUPCIAS.

Ha huido de mi lado y silenciosa,
del jardín en la trémula enramada,
mi soñadora y decadente amada
va á libar en el cáliz de una rosa;
sobre su frente tibia y ruborosa,
aun lleva el beso que, en su fe soñada,
en la noche celeste, la buena hada
la dejó al transformarla en mariposa.
Retorna al fin, y al preludiar mi canto
me envuelve entre una nube de fragancias,
y un ósculo de amor sencillo y santo
viene á sellar la fé de mis amores;
y el ideal desposorio de mis ansias
se consuma en el templo de las flores!

LUIS CESARIO ESTÉVES.

Lima.

Sinfonía en blanco mayor

Versión de la poesía de Theóphile Gautier.
Dedicada á la Señorita Luz Gay, Directora de "La Revista Blanca."

REFIEREN los cuentos del Norte, que sobre las aguas del viejo Rhin se ven surcar mujeres cisnes, de albo y enarcado cuello, las cuales van nadando y cantando cabe la orilla, ó ya, suspendiendo de alguna rama el cándido plumaje que las reviste, hacen lucir su piel, más blanca que la leve felpa de su plumón de nieve.

De estas mujeres hay una que á nosotros viene de vez en cuando, blanca como el rayo de la Luna sobre el cano ventis-

quero en las regiones polares, y á la vista embriagada convida, con su frescura boreal, á festines de carnes nacaradas y orgías de blancura.

Su seno, nieve moldeada en globos, lidia, contra las blancas camelias y el albo raso de su túnica, combates temerarios. En esas batallas de lo blanco, rosas y flores ceden la palma, y mustios se ve que amarillean sin intentar el desquite.

Sobre las alburas de sus hombros, nítido paros de grano deslumbrador, desciende, como en noche septentrional una escarcha invisible.

¿De qué polvo de nieve virgen, de qué zumo de azucenas, de qué hostia y de qué cirio ha sido hecha la blancura de su piel? ¿Tomóse acaso para formarla la gota láctea que en los días invernales tachona la bóveda azul; el lirio de argentada pulpa, la casta espuma de la mar, el mármol blanco, carne fría y pálida en que moran las divinidades; la plata nativa y mate; el lacteolado ópalo que irisa claridades vagas, el teclado ebúrneo en que corren aladas sus manos, cual mariposas blancas que suspenden sus trémulos besos en las puntas de las tenues notas, el armiño inmaculado que para abrigar sus hombros y su seno préstales su tibia pelliza blanca; el fúlgido azogue que las vitrinas góticas ramea con fantástico floreo; las blancas blondas de las mujeres vascas, lágrimas de ondina en el aire congeladas; el ojiacanto de mayo, que al peso de la blanca granizada de sus flores, cimbra las ramas; el delicado alabastro, grato á la melancolía, que en él encuentra el mustio tinte de sus vagas palideces; el cándido plumón de la paloma, deshaciéndose cual níveos copos sobre el campestre hogar, y la abrillantada estaláctita que se destila como lágrima blanca del antro negro?

¿No cabe por ventura, creer que cual Serafita, la niña angélica, desciende élla de Groenlandios y Noruegos, ó acaso fuera la casta virgen de las nieves; ó más bien una esfinge por el invierno esculpida, esfinge enterrada por la avalancha, guardián de los estrellados ventisqueros, en cuyo pecho blanco guarda blancos secretos helados?

Bajo del hielo en que este corazón tranquilo yace, ¿quién ¡ay! será aquel que pueda calentarlo?

¡Ah! ¡A quién dado será el poner un tinte rosa en esta blancura implacable!

N. Bolet PERAZA.